

Escuela católica, escuela de misericordia

José Leonardo Rincón*

*“El amor misericordioso es indispensable
en la educación y en la pastoral”.*

San Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, 14

*“En nuestro tiempo, en el que la Iglesia está comprometida
en la nueva evangelización, el tema de la misericordia
exige ser propuesto una vez más con nuevo entusiasmo
y con una renovada acción pastoral”.*

Francisco, *Misericordiae Vultus*, 12

UN AÑO SANTO MUY OPORTUNO

El Santo Padre Francisco, a quien podríamos considerar ciertamente como un excelente pedagogo, porque de manera asequible y sencilla nos aproxima a los hondos misterios de nuestra fe y a la par nos interpela permanentemente con sus gestos y palabras para que seamos cristianos auténticos, quiso celebrar el 50º aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, en un contexto mundial complejo de una tercera guerra no declarada, con este jubileo extraordinario y señalando como lema: “Misericordiosos como el Padre”¹.

* Sacerdote Jesuita. Decano de la Facultad de Educación de la Pontificia Universidad Javeriana, filósofo, teólogo y educador de la misma Universidad, Secretario de la Comisión de Educación de la CLAR, ha sido Secretario General de la CIEC, Presidente Nacional de CONACED, rector de los Colegios San Ignacio de Loyola en Medellín y San Francisco Javier



Para la escuela católica, fiel al mandato misional del Maestro de “Id...haced discípulos...y enseñad” (Cfr. Mt 28, 19-20) este año se constituye en una excelente oportunidad para refrescar los rasgos característicos de su identidad, que de manera clara se han venido insistiendo desde la inolvidable declaración *Gravissimum Educatio-nis*, todos los documentos emanados desde la Sagrada Congrega-ción para la Educación Católica y el magisterio pontificio mismo: Una escuela que encuentra su razón y sentido en el evangelizar, a través de una educación integral de calidad, con sentido de cuerpo, construyendo comunidad, en diálogo con las culturas, con una acti-tud abierta y pluralista, promoviendo la justicia².

Igualmente, para que no se nos olvide que si al sustantivo “escuela” se le puso el adjetivo “católica” fue para afirmar que es universal y como tal, abierta a todos, esto es, incluyente, “de todos y para todos”³: de cualquier raza, lengua, credo, condición socio-econ-ómica, estado físico, género, filiación política, etc. El que sea para todos y en especial para los más débiles está en su mismo origen: Jesús, El Maestro, se entregó a todos sin distinción. De ahí que deba reconocérsela siempre como la casa de todos, esto es, el espacio y el medio privilegiado para ejercitar la misericordia buscando reales caminos de justicia y, por ende, de paz.

MISERICORDIA, AMOR TÍPICO, CARACTERÍSTICO DE DIOS

Un profesor de teología decía en sus clases que la misericor-dia es el amor típico de Dios que se agacha ante el débil, el pobre, el excluido, el pecador, para levantarlo en su dignidad, redimirlo, salvarlo, y San Juan Pablo II en su encíclica *Dives in misericordia*

en Pasto, decano en la Universidad Javeriana de Cali, Presidente de ACODESI y de FLACSI. Premio Simón Bolívar, Orden Gran Maestro, Vida y Obra, 2009. Correo electrónico: rincon.jose@javeriana.edu.co

¹ FRANCISCO. *Misericordiae Vultus*, 14.

² En mi paso por CIEC y CONACED en múltiples conferencias y revistas, abordé amplia y reiterativamente tan neurálgico tema, exponiendo en detalle cada una de estas caracte-rísticas, deducidas del conjunto de documentos que la Sagrada Congregación para la Educación Católica ha publicado hasta el día de hoy.

³ Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA. *La Escuela Católica*. Roma, Editrice Vaticana, 1977, No 24.

pareció concederle la razón: “Si algunos teólogos afirman que la misericordia es el más grande entre los atributos y las perfecciones de Dios, la Biblia, la Tradición y toda la vida de fe del Pueblo de Dios dan testimonios exhaustivos de ello”⁴ y corroboró afirmando “La cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre”⁵.

De modo que un “Dios rico en misericordia” (Ef 2,4), “Dios de ternura y de gracia, lento a la ira y rico en misericordia y fidelidad” (Ex 34, 6) es el Dios que hemos experimentado en nuestras propias vidas y no se espera otra cosa en nuestra misión educativa evangelizadora que anunciarlo y testimoniarlo de esta manera, pues como también lo afirma Francisco en su Bula *Misericordiae Vultus* con la cual convocó este año santo extraordinario de la misericordia: “Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad”⁶ y citando a Santo Tomás de Aquino en la Suma Teológica “Es propio de Dios usar misericordia y especialmente en esto se manifiesta su omnipotencia”⁷.

Que en la pastoral de nuestras escuelas de modo explícito se proclame el Dios misericordioso en mucho ayudará a superar las todavía subsistentes imágenes equívocas o incompletas de un Dios juez escudriñador y castigador, bombero milagrero de oportunistas, lejano de nuestro contexto histórico, ritualista legalista, plastilina manipulable según nuestros caprichosos antojos, Superman de imposibles, de solo cabeza y razón como constructo filosófico...

JESUCRISTO, EL MAESTRO, NUESTRO REFERENTE

Ahora bien, para los cristianos es claro que el Dios en el que creemos no es ni una idea, ni tampoco un Dios lejano o etéreo. “Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado... en

⁴ S. JUAN PABLO II. *Dives in misericordia*. Bogotá: Ediciones Paulinas, 1982, No. 13.

⁵ DM, 8.

⁶ MV, 2.

⁷ MV, 6.



estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo... resplandor de su gloria e impronta de su sustancia..." (Heb 1, 1-3), es decir, en Jesucristo nosotros encontramos viva la misma imagen de Dios: "Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14, 9) y por eso "El mismo la encarna y personifica. El mismo es, en cierto sentido, la misericordia"⁸, "el atributo más estupendo del Creador y Redentor"⁹. En consecuencia, sin rodeos afirmamos que "Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre"¹⁰.

Además, Jesucristo, el Maestro por antonomasia, no vaciló en enseñarnos: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia" (Mt. 5, 7) y así lo hizo porque "Lo que movía a Jesús en todas las circunstancias no era sino la misericordia, con la cual leía el corazón de los interlocutores y respondía a sus necesidades más reales"¹¹. Eso era lo que lo conmovía en lo más profundo de sus entrañas frente a los enfermos, los débiles, los sufrientes, los pecadores...

Por eso, también María en el Magnificat no duda que esa Misericordia debe transmitirse "de generación en generación" (Lc 1, 50) porque como bien lo dice el Salmo 136 "Eterna es su misericordia" ya que esa "misericordia hace (que) la historia de Dios con su pueblo (sea) una historia de salvación"¹².

DICHOS Y HECHOS MUY INSPIRADORES

Lucas, reconocido como el evangelista de la misericordia, subraya en diversos pasajes de la vida de Jesús, dichos y hechos en los que pretende exaltarla: perdonar a la pecadora que amorosamente lo ha ungido, en contraste con el anfitrión descuidado (7, 36-50); resaltar el comportamiento del buen Samaritano que

⁸ DM, 2.

⁹ DM, 13.

¹⁰ MV, 1.

¹¹ MV, 8.

¹² MV, 7.

practica la misericordia efectiva por encima de los prejuicios y diferencias culturales (10, 29-37); darle una nueva oportunidad a la higuera estéril (13, 6-9); curar en sábado a un hidrópico para dejar claro que las personas están por encima de las normas (14, 1-6); saltarse las pautas de lo “políticamente correcto” al ir a casa de Zaqueo con tal de ofrecerle la salvación al supuestamente perdido (19, 1-10) y asegurar acoger en el Paraíso al delincuente que junto con él en la cruz le implora acordarse cuando esté en su Reino (23, 39-43).

Pero el culmen de sus lecciones sobre la misericordia las recoge en el capítulo 15 con las tres parábolas así reconocidas: la oveja perdida (4-7), la moneda extraviada (8-10) y el tradicionalmente llamado hijo pródigo que en realidad pretende mostrar los más finos detalles de la misericordia del Padre respecto del hijo perdido y el hijo fiel pero envidioso (11-32). En todas queda claro cuánto se sufre por lo que se ha perdido, cuánto se puede llegar a hacer con tal de recuperarlo y cuánta alegría se puede expresar al recuperarlo. Con el animal (la oveja) y la cosa (la dracma) se anticipa lo que en las personas (su propio hijo) adquiere dimensiones inesperadas: respeto a la decisión libre de irse cuando se esperaba una buena paliza; elemental justicia al repartir la herencia cuando no era el tiempo de hacerlo; espera paciente hasta que el necio recapacite cuando podría esperarse una actuación distinta; conmoverse, correr, echárselo al cuello y besarlo, cuando lo mínimo que se merecía era una cantaleta inacabable; ignorar el discurso de excusas preparado con propuesta de castigo incluida, para darle más bien prioridad a la alegría de tenerlo en casa; restituir la dignidad perdida (vestido, anillo, sandalias) cuando debería más bien pagar sus fechorías; rogarle comprensión al hijo cumplidor y legalista pero envidioso e intransigente en vez de imponer su autoridad sin discusiones.

¿Qué más puede uno decir al respecto, cuando estas lecciones son absolutamente claras, inspiradoras y dicientes por ellas mismas?



ESCUELA CATÓLICA, LUGAR PRIVILEGIADO PARA EVANGELIZAR EN LA MISERICORDIA

No puede ofrecer misericordia quien no ha experimentado la misericordia y así como la Iglesia debe ser “testimonio de la misericordia de Dios revelada en Cristo, en toda su misión de Mesías, profesándola principalmente”¹³, también la escuela católica debe ser lugar privilegiado para evangelizar enseñando y ejercitando la misericordia. Este sería el presupuesto que debería estar inscrito en nuestras mentes y corazones como educadores, porque es verdad que uno no puede dar de lo que no tiene y si en realidad Dios ha sido infinitamente misericordioso con nosotros, no podríamos nosotros obrar de otra manera.

Nuestra escuela debe ser una escuela *respetuosa de la libertad*. Eso tiene su precio y su riesgo, pero como bien lo señaló san Pablo a los Gálatas “para ser libres nos ha liberado Cristo” (5,1). Formar hombres y mujeres libres, responsables y autónomos, es nuestro objetivo ético. No moldeamos títeres o marionetas, no educamos clones, no queremos masas alienadas. Queremos personas auténticas y críticas.

En la parábola vimos con admiración cómo el padre nunca perdió la esperanza y por eso estaba sentado en el pórtico de la casa esperando el retorno del hijo calavera. Esto nos compromete a ser una escuela *signada por la esperanza*. Si en algún espacio debemos ser pacientes y no perder la esperanza es en la escuela. Todos sabemos que los procesos educativos toman su tiempo y cual sembradores esperamos que haya una buena cosecha. Esto es de largo aliento. Por eso, “en este Jubileo dejémonos sorprender por Dios. Él nunca se cansa de destrabar la puerta de su corazón para repetir que nos ama y quiere compartir con nosotros su vida”¹⁴, su tiempo no es nuestro tiempo y El sabrá cuándo tocar la vida de cada uno de nosotros: “La conversión a Dios consiste siempre en descubrir su misericordia, es decir, ese amor que es paciente y benigno”¹⁵.

¹³ DM, 12.

¹⁴ MV, 25.

¹⁵ DM,13.



Igualmente, nuestra escuela debe ser una escuela que *trabaja por la dignidad humana*, un asunto que como bien sabemos es una de las preocupaciones centrales del Concilio Vaticano II en esos años de posguerra mundial, evento trágico que mostró hasta donde éramos capaces de degradarnos como seres humanos, pero que nunca imaginó que de otras maneras y con otras expresiones iba a continuar como lo estamos experimentando en el presente. La persona humana es el centro de nuestro proyecto educativo y su dignidad es no-negociable sea cual fuere el costo que tengamos que pagar por ello.

En nuestra escuela se *va más allá de la justicia*. Acopio unos cuantos textos absolutamente maravillosos que nos ayudan a fundamentar esta aseveración. “La misericordia auténticamente cristiana es también, en cierto sentido, la más perfecta encarnación de la ‘igualdad’ entre los hombres y por consiguiente también la encarnación más perfecta de la justicia”¹⁶. “La misericordia se contrapone en cierto sentido a la justicia divina y se revela en multitud de casos no sólo más poderosa sino también más profunda que ella”¹⁷. La justicia que es una virtud en el hombre y en Dios es perfecta, es trascendida por la misericordia, ese amor típico de Dios: “La primacía y la superioridad del amor respecto de la justicia se manifiestan precisamente a través de la misericordia”¹⁸.

“La tentación de pretender siempre y solamente justicia ha hecho olvidar que ella es el primer paso, necesario e indispensable; la Iglesia no obstante necesita ir más lejos para alcanzar una meta más alta y más significativa”¹⁹. “En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad...”²⁰ cita Francisco a San Juan XXIII en el discurso de apertura del Concilio Vaticano II.

¹⁶ DM, 14.

¹⁷ DM, 4.

¹⁸ DM, 4.

¹⁹ MV, 10.

²⁰ MV, 4.



“Ante la visión de una justicia como mera observancia de la ley que juzga, dividiendo las personas en justos y pecadores, Jesús se inclina a mostrar el gran don de la misericordia que busca a los pecadores para ofrecerles el perdón y la salvación”²¹. “Si Dios se detuviera en la justicia dejaría de ser Dios, sería como todos los hombres que invocan respeto por la ley. La justicia por sí misma no basta, y la experiencia enseña que apelando solamente a ella se corre el riesgo de destruirla. Por esto Dios va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón”²².

Los textos son contundentes y nos enseñan que hay que ubicar la justicia escolar en el lugar que le corresponde, porque no es que no haya ley ni justicia, sino que las normas, los reglamentos y los manuales de convivencia son instrumentos y ayudas para formar, pero no fines en sí mismos. Su letra no debe agotar el espíritu que los debe mover: la formación integral de las personas. No es el castigo o la sanción disciplinaria el objetivo, sino que la persona, reconociendo sus particulares limitaciones sea capaz de enmendar sus errores, crecer y madurar.

Por eso también la escuela católica debe ser una *escuela del auténtico amor*: “Todos los matices del amor se manifiestan en la misericordia del Señor”²³, “la caridad es paciente, benigna...no es interesada, no se irrita..., no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad...todo lo espera, todo lo tolera...no pasará jamás” (cfr. 1 Co 13). “Vale decir que se trata realmente de un amor ‘visceral’. Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón”²⁴. Por eso, el auténtico amor no es superficial, ni cargado de palabras babosas y vacías, o de expresiones puramente externas que sólo buscan la propia satisfacción. Francisco citando a san Juan de la

²¹ MV, 20.

²² MV, 21.

²³ DM, 4.

²⁴ MV, 6.

Cruz nos pide recordar que “En el ocaso de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor”²⁵.

De la misma manera la escuela debe ser *lugar de perdón, reconciliación y paz*. El mandato del Maestro es “Sed misericordiosos, como el Padre vuestro es misericordioso” (Lc 6,36) pues “la misericordia siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona”²⁶, “la misericordia se muestra como la fuerza que todo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón”²⁷, “ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus hijos. Así entonces, estamos llamados a vivir de misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha aplicado misericordia”²⁸.

En un contexto sociopolítico dolorosamente golpeado por la guerra durante décadas, con heridas tan profundas, el perdón, la reconciliación y la paz anhelada se convierten en todo un desafío a la humildad y la buena voluntad, esenciales para la convivencia y poder salir adelante. El Maestro nos invitó a hacerlo siempre, setenta veces siete (Mt 18,22) y san Juan Pablo II advierte “Si desatendiéramos esta lección, ¿qué quedaría de cualquier programa ‘humanístico’ de la vida y de la educación?”²⁹, aclarando sin embargo:

“En ningún paso del mensaje evangélico el perdón, y ni siquiera la misericordia como su fuente, significan indulgencia para con el mal, para con el escándalo, la injuria, el ultraje cometido. En todo caso, la reparación del mal o del escándalo, el resarcimiento por la injuria, la satisfacción del ultraje son condición del perdón”³⁰. “Aquel que perdona y aquel que es perdonado se encuentran en un punto esencial, que es la dignidad, es decir, el valor esencial del hombre que

²⁵ Cfr. MV, 15.

²⁶ MV, 3.

²⁷ MV, 9.

²⁸ MV, 9.

²⁹ DM,14.

³⁰ DM,14.



no puede dejarse perder y cuya afirmación o cuyo reencuentro es fuente de la más grande alegría”³¹.

Y es Francisco quien concluye:

“Sin el testimonio del perdón, sin embargo, queda solo una vida infecunday estéril, como si se viviese en un desierto desolado... El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza”³².

Toda una tarea pendiente y nada fácil para la escuela, pero que jugará un papel trascendental en los así llamados pos-acuerdos de paz.

ESCUELA PEDAGOGA DE LA MISERICORDIA

Cuando Francisco en *Misericordiae Vultus* habla de la peregrinación como camino que ha de recorrer el creyente en este año jubilar alude a las etapas de la peregrinación y señala la primera como *no juzgar y no condenar* (cfr. Lc 6,37) y afirma “No juzgar y no condenar significa, en positivo, saber percibir lo que de bueno hay en cada persona y no permitir que deba sufrir por nuestro juicio parcial y por nuestra presunción de saberlo todo”³³ una práctica que, al decir de San Ignacio de Loyola en el presupuesto de sus Ejercicios Espirituales, debe tenerse como punto de partida de un “buen cristiano” en cuanto

“ser más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla; y si no la puede salvar, inquiera cómo la entiende; y, si mal la entiende, corríjale con amor; y si no basta, busque todos los medios convenientes para que, bien entendiéndola se salve”³⁴,

³¹ DM, 14 y cfr. Lc 15, 32.

³² MV, 10.

³³ MV, 14.

³⁴ SAN IGNACIO DE LOYOLA. *Ejercicios Espirituales No. 22*, en Obras Completas. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 3ª edición, 1977.

lo cual significa se deba pensar que el otro tiene buena intención y por ende es menester no aventurarse a emitir de buenas a primeras juicios casi siempre tan implacables como equívocos, en las que uno suele ubicarse como el bueno y el sabelotodo. Así como:

“La Iglesia no está en el mundo para condenar, sino para permitir el encuentro con ese amor visceral que es la misericordia de Dios. Para que esto suceda, lo repito a menudo, es necesario salir. Salir de las Iglesias y de las parroquias, salir e ir a buscar a las personas en donde viven, en donde sufren, en donde esperan”³⁵,

dice Francisco, también la escuela debe estar en salida si quiere asumir tamaños desafíos.

Enseguida subrayo otras actitudes que Francisco nos propone para este itinerario: “*Dar gratis lo que gratis hemos recibido*” (cfr. Mt 10,8) a ejemplo de “Él (que se) da todo sí mismo, por siempre, gratuitamente y sin pedir nada a cambio”³⁶ debería ser el lema de los educadores que no se convierten en mercenarios que hacen todo por dinero. Es verdad que no se puede sesgar tan radical invitación pues el tener reconocimiento mediante una justa remuneración es de elemental justicia, pero también es verdad que para muchos la educación se ha degradado al punto de convertirse en un vulgar negocio lucrativo.

“*Abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales*”³⁷, indudablemente nos hace pensar en una educación inclusiva e incluyente, efectivamente católica, universal y abierta a todos como ya lo señalamos al comienzo de este escrito.

“*Curar... heridas... aliviarlas con el óleo de la consolación... venderlas con la misericordia... curarlas con la solidaridad y la debida*

³⁵ TORNIELLI, Andrea. *Francisco. El nombre de Dios es misericordia*. Bogotá: Planeta Testimonio, 2016, p. 66.

³⁶ MV, 14.

³⁷ MV, 15.



*atención*³⁸ nos alude al papel terapéutico y sanador de una escuela que acoge a tantos heridos por el abandono de sus padres, la violencia intrafamiliar, el desplazamiento forzado por la cruenta guerra que hemos padecido, el *bullying* cotidiano de los compañeros, los vacíos afectivos de ser hijos huérfanos de padres vivos...

*No caer “en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye”*³⁹ es una sabia advertencia frente a la rutina de nuestra labor ocasionada muchas veces por el agobio de tener tantos estudiantes, tantos años, tanto trabajo, tantos asuntos por atender, tantos requerimientos y tareas que nos desbordan y que nos mecanizan al querer “cortar a todos con la misma tijera” anulando la singular particularidad de cada uno en medio de una masa grande, obstruyendo su creatividad y haciéndonos adoptar posiciones prepotentes y soberbias que nos hacen creer mejores y más preparados o competentes.

*Abrir los “ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad...escuchar su grito de auxilio”*⁴⁰. Es el llamado a una educación que forma la sensibilidad social, la conciencia crítica (“despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza”⁴¹) y nos compromete a un servicio solidario y comunitario, exigencia para una escuela que no debe ser mantenedora de un status quo inequitativo e injusto sino que debe buscar la transformación de la sociedad.

*Hacer sentir “el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad”*⁴² es la invitación a superar esas frías barreras que Freire denunciaba en la escuela bancaria donde uno es el que sabe, el que enseña, el que disciplina y el otro apenas es un actor pasivo, casi un objeto. Se trata de generar relaciones marcadas por

³⁸ Ibídem.

³⁹ Ibídem.

⁴⁰ Ibídem.

⁴¹ Ibídem.

⁴² Ibídem.

el respeto donde el auténtico maestro, feliz viéndose superado por sus discípulos que maduran y crecen, es testigo de cómo van más allá en las conquistas de sus logros.

Invitar desde la catequesis a valorar en su profundo sentido “el sacramento de la Reconciliación, porque nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia... será... fuente de paz interior”⁴³. He aquí un reto particularmente interesante para este año de la misericordia, frente a la práctica de un sacramento “venido a menos” porque o no se ofrece abierta y libremente, o se mal entiende porque no ha tenido la presentación adecuada, o está desprestigiado por las bastante difundidas equivocaciones de un clero que en sus predicaciones juzga con dureza, pero deja mucho que desear con sus actuaciones.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Este año santo de la misericordia nos invita a los educadores a ser efectivamente “misericordiosos como el Padre”⁴⁴. La Escritura, la Tradición y el Magisterio abundan en evidenciar ese amor característico de Dios que se nos ha revelado plenamente en Jesús y que como Iglesia debemos testimoniar. La escuela católica es el medio apostólico extraordinario que tenemos para evangelizar con la impronta de la misericordia a millones de estudiantes, profesores y demás miembros de las comunidades educativas, con sus familias y en el contexto que las rodea. En su quehacer cotidiano, constante e inacabado, resulta ser una actividad apasionante, porque forma integralmente hombres y mujeres para que a ejemplo del Maestro sean misericordiosos servidores para los demás y con los demás. Por esencia, es escuela de misericordia. Mucho se ha hecho pero todo está por hacerse. El reto radica en el ardor que le ponga, los métodos que emplee y las expresiones creativas a las que acuda.

⁴³ MV, 17.

⁴⁴ MV, 14.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Biblia de Jerusalén. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1999.

CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA. *La Escuela Católica*. Roma: Editrice Vaticana, 1977.

FRANCISCO, Papa. *Misericordiae Vultus*, en: *El nombre de Dios es Misericordia de Andrea Torielli*. Bogotá: Planeta, 2016.

IGNACIO DE LOYOLA, Santo. *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, (3ª ed.), 1977.

JUAN PABLO II, Papa. *Dives in misericordia*. Bogotá: Paulinas (2da. ed.), 1982.

TORNIELLI, Andrea. *Francisco. El nombre de Dios es misericordia*. Bogotá: Planeta Testimonio, 2016.